I

EN LA ALAMEDA.

Las auras del otoño enviaban sus primeros soplos, y las hojas de los corpulentos fresnos de la Alameda comenzaban á entapizar sus calles. La Alameda es uno de los sitios mas encantadores de la coqueta del Anáhuac; no podemos explicarnos ese injustificable abandono en que las hermosas lo tienen, y á fé que deseariamos volviese la antigua costumbre de frecuentarlo. A la sombra de sus añosos árboles, oyendo murmurar sus fuen-

tes á cuyas orillas crecen las violetas que ocultas en sus hojas nos envian su perfume delicioso, las horas vuelan sin sentir, y el alma evoca sus mas caros recuerdos.

Era la mañana del 2 de Octubre de 1868; el cielo estaba un tanto sombrío, y la banda del batallon de Zapadores tocaba la *Caida de las hojas* de Lamotte, en el centro de la Alameda.

¿Recordais lo que es la *Caida de las hojas?* Es, como dijo muy bien en cierta ocasion Nacho Altamirano, una redowa que solo los estúpidos son capaces de bailar, y que mas parece un desahogo del corazon enternecido de Lamotte, un soliloquio del alma que solloza y que lamenta sus esperanzas perdidas y sus dolores que nadie comprende.

Lejos de nuestro hogar, en una mañana triste del otoño, y oyendo las divinas notas de esa concepccion de Lamotte, figuráos cuál seria el estado de nuestro corazon.

Recostados en un banco de piedra, en una de las calles mas solitarias de la Alameda, veiamos desde lejos cruzar á las hermosas y elegantes mexicanas que entonces lo frecuentaban, cuando vino á distraernos de las ideas tristes que nos habia inspirado la preciosa redowa cuyas últimas notas acabábamos de oir, y que nos pa-

recia continuar resonando en nuestro oido, la presencia de un amigo.

Muy pocas palabras nos habiamos cambiado aún, cuando el ruido que formaban con sus trages dos peregrinas damas, llamó nuestra atencion. Apartándose de los puntos mas concurridos de la Alameda, parecia que buscaban la soledad de sus calles, para poder hablar sin recelo. ¿Cuándo se juntan dos mujeres en la primavera de la vida, sin hacerse mútuas confidencias? Además, el semblante animado por la conversacion, de una de ellas, y la atencion de la que escuchaba, indicaban que algo las preocupaba en aquellos momentos.

—Qué interesante está Magdalena! exclamó nuestro amigo. La palidez encantadora de su rostro, la mirada triste de sus ojos negros, y la expresion angelical de su semblante, la hacen cada vez mas bella y seductora. Esa jóven, amigo mio, que se apoya en el brazo de su compañera, y que parece una azucena marchita al soplo del dolor, es.....

—La que vd. ama, ¿verdad? interrumpimos.

—Pero que se está muriendo por otro, que es un amigo á quien, sin embargo, no quisiera haber encontrado en mi camino.

Un gracioso saludo de la jóven que acom-

pañaba á Magdalena, interrumpió esta triste confesion. Aquel saludo revelaba una simpatía íntima, que en vano queria ocultar la jóven; pero saludo que apenas fué correspondido por nuestro amigo Arturo, que contemplaba enagenado á Magdalena, y para quien nada habia fuera de la mujer que amaba. Preciso es confesar que ella era encantadora como una hada, y que el sufrimiento que revelaba su semblante la hacia mas y mas seductora, pudiendo comparársela á aquellos lirios que en vano acaricia en la tarde la brisa de la ribera, porque los ardientes rayos del sol del medio dia los han marchitado.

Queriendo sacar á Arturo de su éxtasis, le preguntamos:

—Y esa hermosa que la acompaña, en cuyos labios se ha dibujado una sonrisa al ver á vd., y cuyos ojos han brillado de una manera tan significativa, ¿quién es? ¿Por qué con tanta frialdad ha correspondido vd. á su saludo?

—Se llama Amparo; es una amiga íntima de Magdalena, la acompaña á todas partes, y dizque no puede vivir la una sin la otra, repuso friamente Arturo.

—Aquí debe existir una historia sumamente interesante; vd. no debe ignorarla, y yo le agra-

deceria infinito me la refiriese. Crea vd. que me haria un positivo servicio, pues mi curiosidad se halla empeñada vivamente ya.

—Voy á complacer á vd. Mi corazon necesita desahogar sus sentimientos, y esto es consolador. Usted, si tambien ha sufrido alguna vez, sabrá cuán horrible es amar sin esperanza, y ver caer una á una nuestras ilusiones, como caen esas hojas que se desprenden de los fresnos á cuya sombra estamos.

Lo que Arturo nos refirió en la Alameda, aquella mañana de Octubre de 1868, forma la mayor parte de esta leyenda, cuya conclusion no hubiéramos podido escribir, si nuevamente no hubiéramos tenido ocasion de conversar con nuestro amigo.